

Altezas Reales

Es para mí un gran honor y motivo de felicidad recibir de vuestras manos el Premio Príncipe de Viana de la Cultura 2006 por su enorme significado histórico y simbólico para todos los ciudadanos de Navarra.

En primer lugar, quiero dar paso a los agradecimientos. Así pues, doy gracias a las personas que me propusieron para este galardón, a los miembros del Consejo Navarro de Cultura por elegirme, a los navarros y catalanes que se han alegrado conmigo y con los que comparto amores, vivencias e ideales de futuro, a todos los presentes y a ustedes, ilustrísimas autoridades, por su presencia y por último a todas las personas involucradas en la preparación de este acto tan solemne y complejo. Asimismo, quiero expresar la enorme emoción y alegría que he sentido al oír las palabras del Presidente del Gobierno de Navarra.

En segundo lugar, quiero rendir homenaje al navarro más universal. Hace quinientos años que aquí nació San Francisco Javier y se da la paradoja, según estudios estadísticos, que la mayoría de los presentes en esta sala tenemos un “ancestro común” de aquella época. Así que permítanme que en un alarde científico, no exento de humor, afirme que hoy aquí nos encontramos un conjunto de familiares, primos lejanos, y de amigos cercanos, rindiendo homenaje a nuestro familiar más aventurero y bondadoso.

En tercer lugar, quiero hablarles muy brevemente de un tema sobre el que he estado reflexionando estos días. El título de esta reflexión es: **Búsqueda sin tregua ni final** y dice así:

Los humanos nos definimos como animales culturales que pertenecemos a un tiempo en el que existe un pasado, que debemos conocer y con el que estamos irremediamente conectados, un presente en el que nos hacemos preguntas y un futuro al que pertenecen algunas respuestas a dichas preguntas y que son generadoras de valores morales, éticos, políticos, y culturales. Como seres culturales transformamos la realidad a través del diálogo entre nosotros y con todo lo que nos rodea. Durante siglos hemos filosofado sobre la condición humana y así seguirá siendo aunque cada vez seamos más conscientes de que nuestra visión de quiénes somos está cambiando a consecuencia de los descubrimientos científicos y de las aplicaciones tecnológicas. El caso es que la ciencia y la tecnología se están apoderando de la mente humana y es verdad que han servido de excusa para cometer auténticas barbaridades, pero también es cierto que su racionalidad nos sirve de freno frente al todo vale y que esta actitud racional la entendemos como liberación frente al enemigo número uno de la humanidad que no es otro que el iluminismo.

Permítanme que me posicione claramente a favor de la ciencia como cultura por los motivos que comento a continuación. La ciencia es una forma de buscar la verdad que construye metáforas de la realidad que en algunos casos se describen con el lenguaje de las matemáticas. La ciencia, junto con la tecnología, conforma el moderno binomio saber - poder y ya casi nadie duda del supuesto de que si las teorías científicas son correctas los hechos acabarán de producirse de la manera predicha.

Estoy totalmente convencido de que los sistemas de actuación establecidos por la ciencia, la filosofía y la democracia que se derivan de nuestro acierto de comer del árbol

del conocimiento constituyen la máxima expresión de la racionalidad humana. Además, las verdades científicas, filosóficas y democráticas se complementan con las otras formas de búsqueda de la verdad que se dan en todas las manifestaciones artísticas e intelectuales formando todas juntas una maquinaria ideal para abordar el futuro.

En este escenario de la búsqueda sin tregua ni final de la verdad por parte de la ciencia, quisiera ahora, para acabar, dedicar dos minutos a una metáfora de la ciencia moderna que versa sobre “lo minúsculo versus lo grande”. En ciencia existe lo pequeño y últimamente se ha puesto de moda lo más pequeño, lo que se ha denominado nanociencia y nanotecnología. La importancia de su estudio radica en la posibilidad de descubrir nuevas leyes físicas y nuevos dispositivos de interés tecnológico que nos ayudarán a robotizar el trabajo y a un mayor control sensorial de la vida. Por otra parte, el estudio de lo grande existe con mucha anterioridad y su enorme complejidad se resiste a ser encorsetada en teorías simples, pero a cambio su riqueza fenomenológica no tiene límites y a bien seguro que todavía nos deparará muchas y gratas sorpresas que seguirán siendo el núcleo duro del desarrollo económico. En las grandes pirámides del pasado o en los desafiantes rascacielos del presente, el hombre moderno reconoce a todos los trillones de átomos que los forman y sabe que su resistencia al paso del tiempo y a los cataclismos naturales se debe a la unión entre todos ellos. Estas uniones o enlaces aunque siguen el dictado natural se controlan con la inteligencia del hombre. En la sociedad actual ocurre lo mismo, tenemos lo grande y lo pequeño y sus acciones deberían estar presididas por la historia y por la racionalidad de sus múltiples uniones con el fin de conseguir que el ansia de la búsqueda de la verdad democrática nos traiga felicidad a todos los ciudadanos.

En definitiva, los logros experimentales y las teorías científicas elaboradas por nuestras mentes nacen de nuestro saber leer el mundo y de ajustarnos a su tiempo. Si dan en el clavo y poseen el germen de la verdad se convertirán en cultura y tecnología y contribuirán a engrandecer el mundo.

Altezas Reales, Ilustrísimas Autoridades, señoras y señores muchas gracias por su atención.

Javier Tejada